

Crónica de una tragedia en Perijá

Olvidados en la Cuenca de Toromo

Braulio Polanco*



@VPITV

Han transcurrido casi dos meses desde la tragedia que dejó en situación de emergencia a la comunidad yukpa de Machiques. Más de setecientas familias quedaron incomunicadas, desamparadas y sin respuestas en el flagelado estado Zulia

Cuando caía la noche del 9 de octubre, los vientos que amenazaban con convertirse en lluvia se convirtieron en lluvia. Aunque esta vez no pasaría a mayores, el horror regresó a las comunidades de la Cuenca de Toromo. Caciques, mujeres, ancianos, niños yukpas recogieron lo que pudieron y se echaron a correr. No volvieron a mirar atrás, o a lo mejor solo lo hicieron en un par de ocasiones para convencerse de que ya estaban lo suficientemente lejos como para no ser víctimas de otra hipotética crecida del río Kunana. Esa llovizna fue suficiente para convencerlos del enorme riesgo que significaba permanecer en sus viviendas.

Han pasado varias semanas desde que ocurrió esta agitada y trágica escena, y nos trasladamos por la Cuenca de Toromo. Se cumplen dos meses exactos desde que el jueves 3 de octubre se desbordara el río Kunana afectando a unas doscientas comunidades, donde vivían más de 1.800 personas; para el momento en que son redactadas estas líneas se reportaron más de cinco desaparecidos y hay un muerto confirmado: se trata de un niño de tres años a quien su madre dejó solo en casa mientras iba a comprar comida, sin saber que la desgracia estaba por llegar.

En el camino se observan casas improvisadas: algunos yukpas de diversas comunidades han talado árboles y empezaron a armar viviendas. Sus antiguas casas fueron arrasadas por el agua y confiesan que estas nuevas cumplen un solo objetivo: darles por lo menos un techo.

Estas familias, que se dedican a cosechar maíz, café, limones o toronjas, afirman que no pueden calcular cuánta cosecha perdieron, pero están seguros de haberlo perdido todo.

Una mujer nos grita; sabe que somos prensa y quiere hablar. Quiere denunciar. Quiere que alguien la escuche detrás de esos teléfonos que la graban. Pronto descubriremos que también quiere llorar, aunque no lo dice. Nos bajamos y empiezo a observar el panorama: no me gusta lo que veo. Hay niños descalzos y descamisados, abuelas desorientadas que reconocen necesitar ayuda psicológica y tanques con agua sucia. La alcaldía



FE Y ALEGRÍA NOTICIAS

de Machiques les ha dado a varias comunidades damnificadas tanques con agua sucia, según sus miembros, quienes reconocen que han tenido que consumirla por obligación.

A pocos metros, la mujer yukpa que nos detuvo, quien se identifica como maestra, arranca su testimonio que en pocas horas estará rodando en redes sociales: “¿Qué vamos a celebrar nosotros el 12 de octubre? ¿Qué se murieron niños, que se murió un anciano, que aún tenemos niños muriéndose aquí?”, se pregunta entre sollozos. El llanto a esta altura es inevitable. “Nosotros mantenemos una resistencia dentro de la resistencia”.

En la Constitución de 1999 los indígenas fueron reconocidos por las leyes venezolanas en toda su amplitud: sus idiomas son oficiales, tienen las posibilidades de expresar sus creencias y las comunidades son dueñas de sus territorios ancestrales. Sin embargo, una cosa es lo que dice el papel y otra la que se aplica.

Unos veinte años después no se ha desarrollado el plan de demarcación de tierras e incluso, hoy mismo, hay conflictos entre indígenas por esta situación. Tampoco se respetó jamás la jurisdicción indígena y muchos de ellos son vistos como una amenaza tanto por el Estado como por la población, pues los prejuicios históricos han renacido ante el colapso económico y humanitario de Venezuela. En algunos municipios zulianos, por ejemplo, a estos grupos indígenas se les relaciona con los *bachaqueros*, como se les llama a las personas que revenden productos regulados por el Gobierno o se dedican a la reventa de efectivo o combustible.

En Perijá, donde viven principalmente yukpas y bari, parece que el único derecho que hay es el derecho al olvido, en medio de tragedias naturales, enfermedades infecciosas o grupos guerrilleros como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) que, por su ubicación estratégica, son dueños de fincas donde se dedican a sembrar coca y marihuana.

“PARA ESO ES LO QUE SIRVEN, PARA SACAR FOTOS”

En la distancia se observan camionetas aproximarse a toda velocidad y, probablemente, el instinto que hemos desarrollado durante años ejerciendo el periodismo en Venezuela, nos hace guardar de inmediato los teléfonos, grabadoras y cámaras. Pero no pasa a mayores. Son solo soldados del ejército, que pasan altamente armados en convoyes y nos miran con indiferencia; detrás de ellos vienen varias camionetas donde, según nos informan, se trasladan la alcaldesa y una ministra de pueblos indígenas. Nos subimos en el vehículo y arrancamos detrás de ellos: el destino parece ser el mismo, aunque no el propósito.

Lo que vemos más adelante no es exactamente alentador: camiones hundidos en la tierra y troncos de árboles gigantescos regados por todas partes. Cada cierta distancia los vehículos que van delante se detienen abruptamente o, mejor dicho, son detenidos abruptamente. Decenas de yukpas detienen las camionetas para exigir respuestas y, en cada una de estas barricadas improvisadas, las autoridades deben bajarse a dialogar. Entre una cosa y otra, terminan convenciendo a los protestantes para que los dejen continuar. El discurso es simple: necesitan ir hasta el origen del problema para presuntamente empezar a brindar soluciones concretas.

Les seguimos el paso cada vez que son detenidos y logran avanzar, hasta que un trayecto nos convence de que no podemos continuar; el barro pondría en riesgo hasta a un vehículo todo terreno y no vale la pena arriesgarse, pues ya hemos conseguido lo que veníamos buscando: historias para narrar que den rostro a este desastre natural que aún no le da la vuelta al mundo porque el acceso a este territorio, ubicado en la Sierra de Perijá (Zulia), para los medios de comunicación tanto nacionales como internacionales es limitado. Pocos se han atrevido o podido llegar hasta este punto.

Desde el lugar donde nos detenemos se pueden observar bomberos y funcionarios de Protección Civil con palos en mano rastreando cadáveres en medio de las aguas y la tierra. Se fijan principalmente en los lugares donde hay cuervos. La escena me causa escalofrío.

Tras unos minutos en el lugar, decidimos marcharnos. Saco mi teléfono para seguir tomando fotos desde la camioneta en movimiento y soy sorprendido por un hombre que nos grita desde una casa: “Para eso es lo que sirven, para sacar fotos. En la noche están acostados en sus casas, comiendo tranquilos y nosotros aquí sufriendo”. Aunque me parece que es injusto su comentario, en el fondo siento que hay algo de cierto en lo que dice. Esa noche yo estaré en mi casa, a salvo, mientras él y su familia seguirán allí, en la Cuenca de Toromo, totalmente olvidados e indefensos.

*Periodista *Radio Fe y Alegría Noticias*.